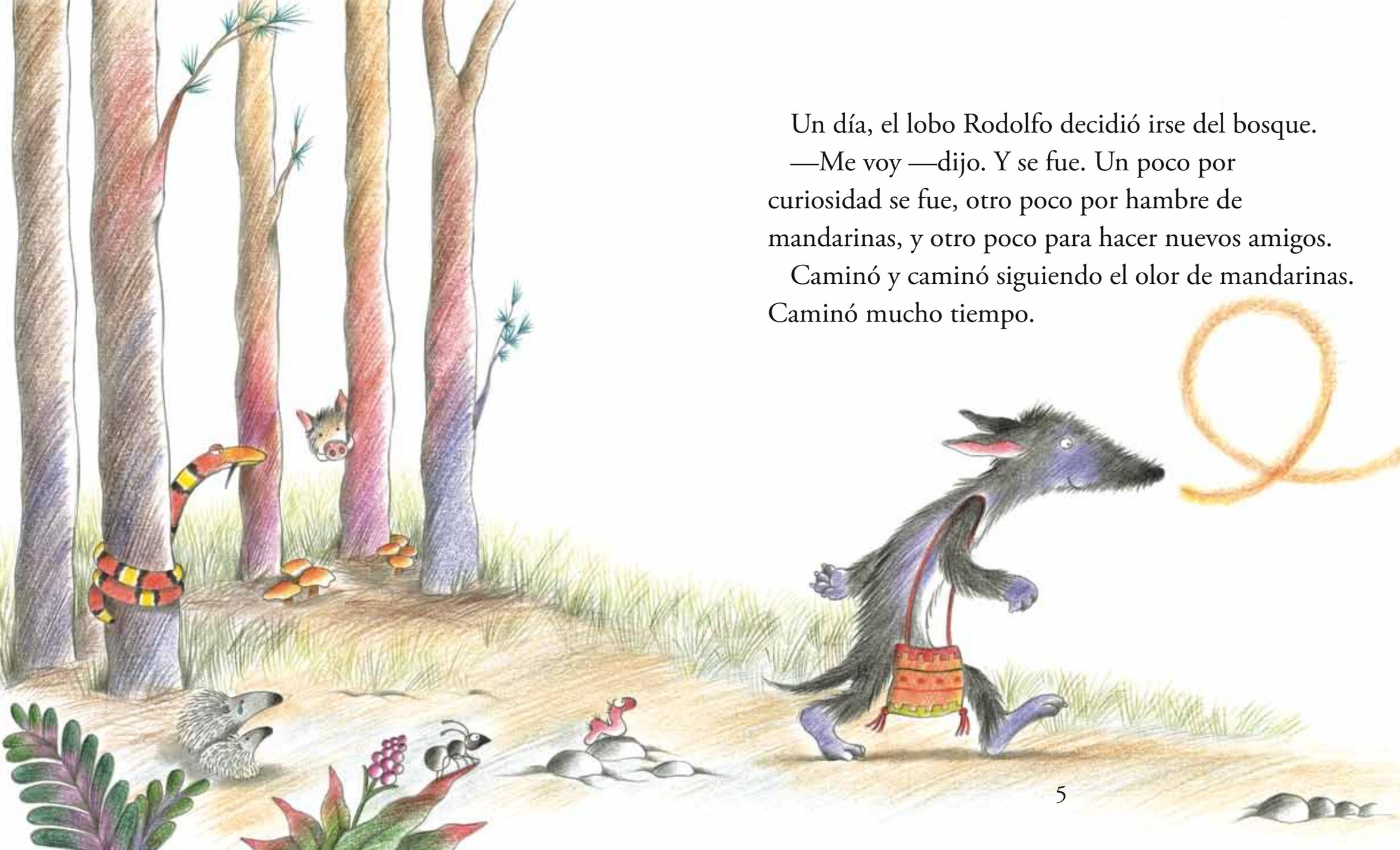


Un día, el lobo Rodolfo decidió irse del bosque.
—Me voy —dijo. Y se fue. Un poco por
curiosidad se fue, otro poco por hambre de
mandarinas, y otro poco para hacer nuevos amigos.
Caminó y caminó siguiendo el olor de mandarinas.
Caminó mucho tiempo.





Y así llegó a un lugar desconocido en el que el olor de mandarinas lo envolvía por todos los costados.

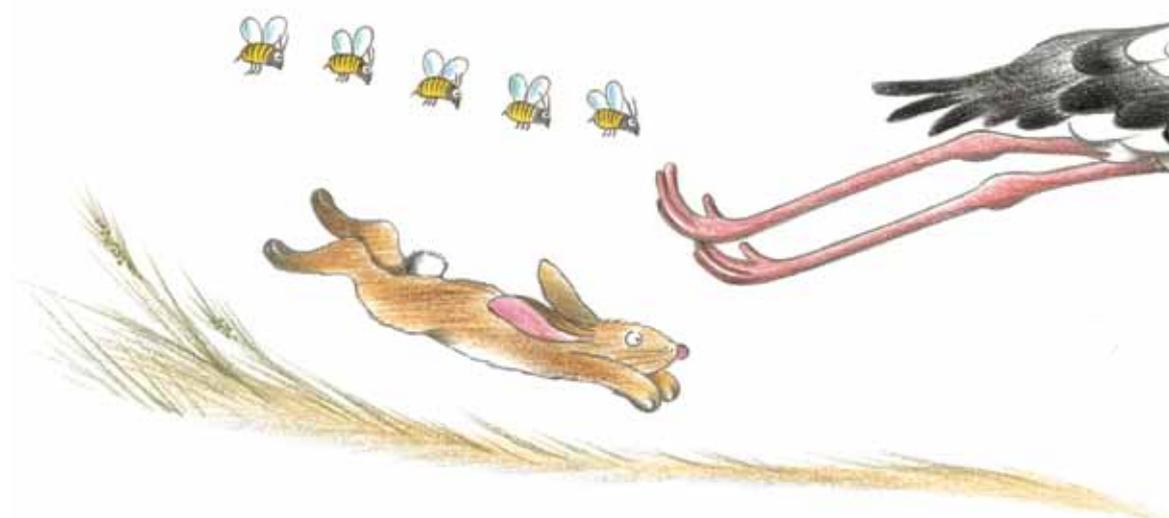
También había muchos animales allí, animales grandes y pequeños.

Al verlos, sintió unas enormes ganas de jugar con ellos. Casi las mismas ganas enormes que de comer mandarinas.



Resuelto a hacer nuevos amigos, Rodolfo se acercó a un burro; pero el burro salió corriendo con cara de espanto. Le pasó lo mismo con los abejorros, la cigüeña y los conejos. Todos salían corriendo al verlo.

Nunca habían visto un lobo de verdad, pero lo conocían de los cuentos, de los libros, de internet y del cine: el lobo no era una buena noticia.



El lobo Rodolfo no entendía qué era lo que estaba sucediendo.



Hacer amigos estaba resultando más difícil de lo esperado. En cambio, recoger las mandarinas resultó fácil, y le parecieron exquisitas. Comió y comió y se relamió, aulló de alegría y luego se fue a dormir la siesta. Cuando se despertó sintió con cierta impaciencia que era tiempo de compartir con amigos su felicidad llena de mandarinas.



Entonces pensó: “Yo tengo ganas de tener amigos, y me gustan las jirafas y quiero correr con ellas”.

“¡Oh sí, sí, yo quiero, sí! Seré jirafa y correré con ellas y compartiremos las mandarinas”.



Y se puso a hacer un hermoso traje de jirafa con la aguja, el hilo y los trapitos que había traído en su bolso.



Tardó un día y medio en hacer su disfraz. Cuando lo terminó, las jirafas ya se habían ido. Entonces se sentó a esperarlas comiendo mandarinas.



El lunes las jirafas volvieron. El lobo Rodolfo se puso su disfraz, bailó y se echó a correr con ellas. Pero las jirafas, que eran muy altas y corrían muy rápido, ni lo vieron y se lo llevaron por delante.



Rodolfo rodó por el suelo: ¡*catapepúmbate!*

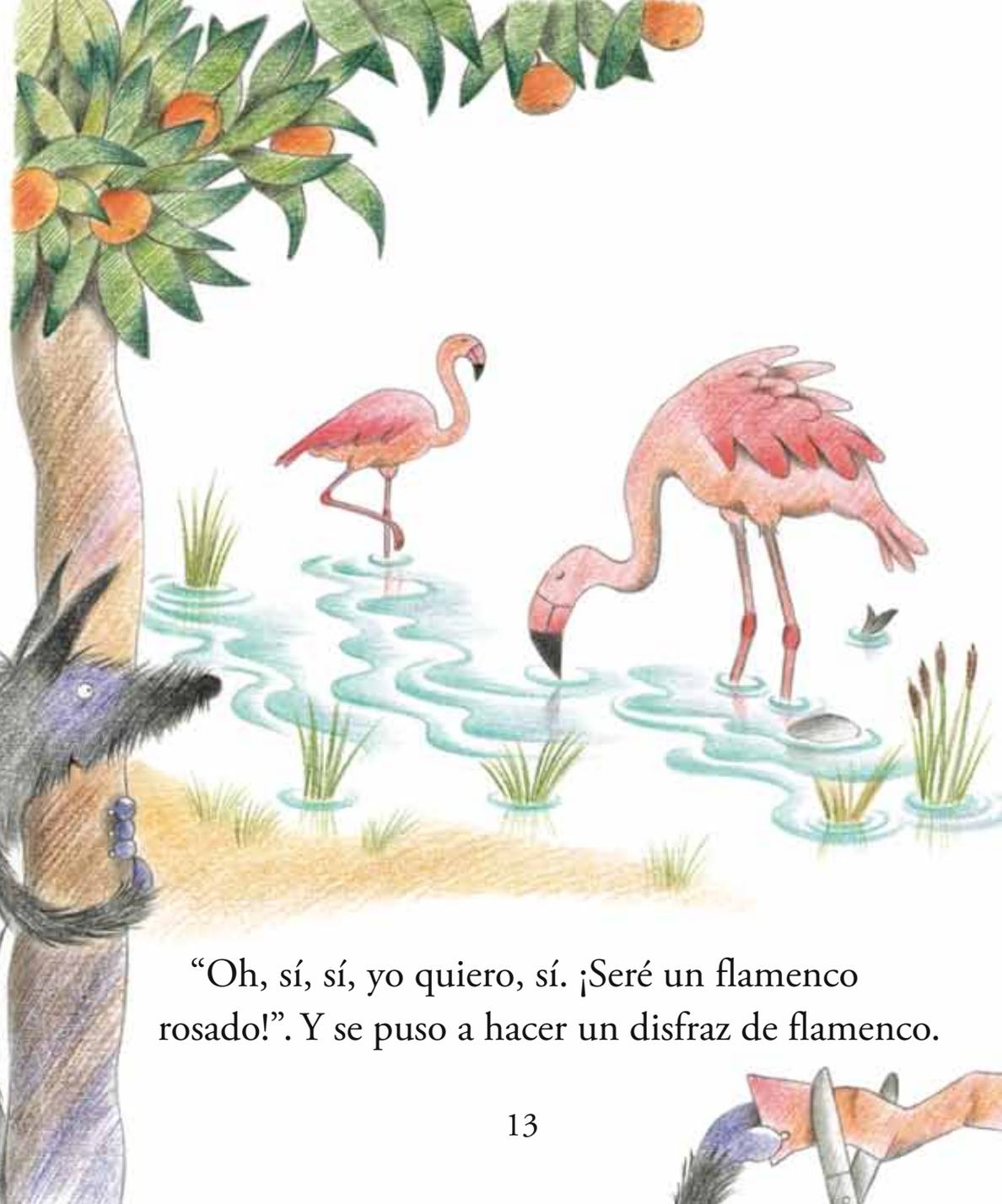


—¡Vaya manera de jugar! —gritó y aulló. Pero las jirafas ya se habían ido y no lo oyeron. El lobo Rodolfo siguió gritando y exclamó—: ¡Que vivan las mandarinas de este lugar!

Después se comió unas cuantas y se fue a dormir.



El martes descubrió unos hermosos flamencos allí cerca. ¡Qué rosados y delicados eran! Así que pensó: “¡Yo quiero ser amigo de los flamencos! Debe de ser maravilloso ser flamenco”.



“Oh, sí, sí, yo quiero, sí. ¡Seré un flamenco rosado!”. Y se puso a hacer un disfraz de flamenco.